SEMINARIO DE ECONOMÍA MEXICANA
1991

Juan Arancibia
Ángel Bassols Batalla
Jaime Bautista Romero
Andrés Blancas Neria
Rafael Bouchain Galicia
Carlos Bustamante Lemus
Ana Esther Ceceña
Ariel Concha
Elvira Concheiro
Adrián Chavero González
Javier Delgadillo Macías
Gerardo González Chávez
Ma. Luisa González Marín
Angelina Gutiérrez Arriola
Antonio Gutiérrez Pérez
Raúl Huerta García
Esther Iglesias Lesaga
Elaine Levine
Irma Manrique Campos
Salvador Martínez Della Rocca
Ramón Martínez Escamilla
Carlos Morera Camacho
Patricia Olave
Raúl Ornelas
Isaac Fernando Palacios
Eulalia Peña Torres
Berenice Ramírez López
José Rangel
Patricia Rodríguez
Isabel Rueda Peiro
Adolfo Sánchez Almanza
Sergio Suárez
Felipe Torres Torres
Ma. de Lourdes Valdéz Rodríguez
Delia Margarita Vergara
Mario Zepeda

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
1992

SEMINARIO DE ECONOMÍA MEXICANA, 1991

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ÍNDICE

ESTADOS UNIDOS Y LOS GRANDES PAÍSES INDUSTRIALIZADOS. RECESIÓN Y PERSPECTIVAS DE RECUPERACIÓN EN 1991, *por* Elaine Levine y José Rangel 7

AMÉRICA LATINA: CRISIS Y TRANSFORMACIÓN EN LOS AÑOS NOVENTA, *por* Berenice Ramírez, Patricia Olave, Raúl Ornelas, Mario Zepeda y Juan Arancibia 24

EL IMPRESCINDIBLE MARCO SUPERESTRUCTURAL, *por* Ramón Martínez Escamilla 48

EL CASO DEL SECTOR FINANCIERO MEXICANO, *por* Irma Manrique Campos 56

EFECTOS Y REALIDADES DE LA PRIVATIZACIÓN, *por* Jaime Bautista Romero 63

EL SISTEMA FINANCIERO MEXICANO, *por* Carlos Morera Camacho 72

PANORAMA NACIONAL, *por* Carlos Morera Camacho 75

TENDENCIAS FINANCIERAS EN LOS OCHENTA Y PRINCIPIOS DE LOS NOVENTA, *por* Antonio Gutiérrez Pérez 80

EL COMPORTAMIENTO DEL MERCADO DE VALORES MEXICANO EN LOS OCHENTA, *por* Rafael Bouchain Galicia 86

LA INVERSIÓN EXTRANJERA EN MÉXICO, *por* Angelina Gutiérrez 96

AMÉRICA LATINA: CRISIS Y TRANSFORMACIÓN EN LOS AÑOS NOVENTA*

ASPECTOS GENERALES

Observando los resultados macroeconómicos de América Latina en el inicio de la década de los noventa se podría concluir que en la región persiste la crisis y que nos estamos encaminando hacia una segunda década perdida. Las visiones oficiales aceptarían la conclusión sobre la persistencia de la crisis, pero señalarían que los ochenta se ganaron para las transformaciones estructurales y para implantar políticas económicas que nos pondrán en la ruta del crecimiento. Esa visión oficial casi optimista es plenamente compartida por el BID, el FMI y el BM y, por lo tanto, por el propio gobierno estadounidense.

Como ya ha ocurrido en otros momentos de la historia latinoamericana, los gobiernos y los sectores dirigentes confían en encontrarse a las puertas de una nueva etapa de crecimiento, que permitirá superar las graves carencias de las mayorías y las notables desigualdades que hacen de América Latina una de las dos regiones del mundo con peor distribución del ingreso. Es más, algunos gobiernos confían en que el progreso económico convertirá a sus países en miembros del primer mundo (México y Brasil). Esperanzas similares se tuvieron en el siglo pasado con la reinserción en la

* Trabajo elaborado con la participación de los investigadores: Berenice Ramírez, Patricia Olave, Raúl Ornelas, Mario Zepeda y Juan Arancibia. Elaboró la síntesis el maestro Juan Arancibia Córdova, coordinador del Área de Economía Mundial y América Latina, IIEc, UNAM.

economía mundial postindependentista, y en el actual con el llamado desarrollo "hacia adentro" o "sustitución de importaciones" posterior a la segunda guerra mundial.

Sueños aparte, es evidente que las economías de los países latinoamericanos han sufrido sustanciales y duraderas transformaciones en los ochenta, que continúan en los noventa. Tan es cierto lo anterior, que bien se podría situar a 1990 y a lo que va de 1991 como un punto definitivo de inflexión regional en cuanto a la adopción del paradigma y las políticas neoliberales. En efecto, puede plantearse la hipótesis de que toda resistencia *significativa* al neoliberalismo, tanto en las clases dominantes como en las dominadas, ha cesado por ahora. Países como Brasil y Argentina, donde se presentaron serias dificultades a la adopción de políticas económicas neoliberales, se encaminan con paso firme hacia su plena implantación, y lo mismo está ocurriendo con economías pequeñas como las de Honduras, Guatemala, Nicaragua y Panamá. Solamente Cuba, y Haití por ahora, sobreviven: como modelo económico distinto el uno, y con políticas diferentes el otro.

Creemos que la economía mundial y con ella la de América Latina se encaminan hacia la superación de sus crisis. Las proposiciones que se escucharon y que se siguen escuchando con frecuencia en la región, sobre un eventual fracaso del modelo neoliberal, deben considerarse como declaraciones de buenos deseos, antes que como hechos reales tendenciales. Proponemos que al igual que ha ocurrido con otras experiencias en el pasado, el éxito neoliberal no será eterno, ni total. Los logros entre países serán desiguales, dependerán de las capacidades previas y de las transformaciones ya realizadas y/o en curso, así como de lo que puedan aportar en esta nueva división internacional del trabajo. Pero los éxitos no sólo serán diferentes entre los países latinoamericanos, sino también entre sus poblaciones. El modelo neoliberal parece ser más excluyente y desigual que el vivido anteriormente por la región. De los millones de latinoamericanos que hoy viven en la pobreza, o muy cerca de su umbral (por arriba), serán pocos los rescatados por el nuevo modelo. Se trata sin duda de una acentuación de las condiciones de marginalidad, signada además por una profunda inestabilidad en el trabajo y en las condiciones cotidianas de vida para las mayorías, aun para los que tengan la fortuna de contar con "empleos formales".

Si 1990 representa el punto de inflexión ya señalado en cuanto a políticas, también lo es por el papel que cumple la *Iniciativa para las Américas* lanzada por el presidente Bush. En efecto, esta proposición

viene a redondear el modelo de integración con la economía mundial, en el contexto de la formación de bloques y la preservación del ya tradicional dominio estadounidense sobre el continente.

Lo ocurrido con la economía latinoamericana en 1990 y en lo que va de 1991 debe ser analizado en el contexto de ese problemático proceso de transición de una forma a otra de acumular, producir, distribuir y realizar las mercancías, así como en el marco de una nueva realidad económica, en la que las determinaciones y condicionamientos externos son cada vez más sustantivos para la región. El análisis de los resultados macroeconómicos recientes tiene como trasfondo vital la recesión estadounidense —puede argumentarse que hace muchas décadas que esto es así y se trata de una proposición correcta—; pero, como veremos más adelante, hay importantes cambios cualitativos y cuantitativos, reflejados en el grado de apertura de nuestras economías, en su relación con la de Estados Unidos y en el peso creciente de la inversión extranjera (específicamente la de ese país) en el total de la inversión, cuestiones que hacen que lo que ocurre en las economías desarrolladas sea decisivo para nuestra dinámica económica en una magnitud tal, que las decisiones de política económica locales no puedan contrarrestarlo.

Resultados macroeconómicos básicos

El año de 1990 fue el tercer mal año consecutivo en el crecimiento del PIB latinoamericano, —0.5%. Estos tres años de estancamiento y recesión corresponden con las más altas tasas de inflación de la historia regional, mismas que muestran un repunte sostenido, para el lapso 1987-1990.

Al tenor de lo ocurrido con el PIB global, se aprecia un deterioro en el comportamiento del PIB per cápita; en ese sentido 1990 es el peor año desde 1983, en el que la caída fue de —4.8%, casi el doble del —2.6% del año pasado.

Significativamente, el deterioro del PIB va acompañado de retrocesos de las remuneraciones medias y mínimas reales en países como Argentina, Brasil, México, Perú, Uruguay, Venezuela y Ecuador (entre otros) y con un aumento del desempleo urbano en Brasil, Argentina, Colombia, Perú, Uruguay, Venezuela y en países de Centroamérica como Guatemala, Honduras y Costa Rica.

En el campo del comercio exterior 1990 fue menos bueno que el

trienio 1988-1990, pero de todas formas el valor exportado creció un 6.8%. Incluso ese crecimiento ocurrió en economías como la argentina, cuyo PIB global cae en −2.0% en 1990, mientras las exportaciones se elevan en 14.9%, lo que muestra que su incidencia en el comportamiento del PIB total es todavía pequeña.

En otros países como Colombia, Ecuador, México, El Salvador, Guatemala y Venezuela, el esfuerzo exportador logra sustanciales crecimientos de las exportaciones. De todas formas persiste una gran distancia entre la tasa de incremento de las exportaciones y la del PIB. El caso extremo es Venezuela, con un crecimiento de 36.1% en las exportaciones y sólo 4.5% en el PIB total.

Estas distancias podrían reflejar dos fenómenos. El primero se refiere a que el grado de apertura de las economías es, de manera general, reducido, particularmente para las más grandes (Argentina, Brasil y México) y el segundo podría estar indicando dificultades de arrastre del sector exportador hacia el conjunto de la economía, es decir, la existencia de articulaciones más bien débiles entre unos y otros sectores económicos.

Desde el lado de las importaciones se observa también sustanciales crecimientos en el último trienio, siendo el año más dinámico 1990, con 13.9% de incremento. Los países de mayores tasas son Perú, Panamá, Paraguay, México, Nicaragua y Bolivia, en orden descendente. En los casos de México, Paraguay y Bolivia el alza de importaciones es correlativa con crecimientos del PIB, en el resto de los países se vincula con situaciones de estancamiento y franca recesión.

Es interesante anotar que, en el caso de México, la economía crece en alrededor de 7.5% en el último trienio, las importaciones lo hacen en más del 100.0%, las exportaciones crecen 25.0% y el PIB per cápita sube sólo 1.0% (acumulado).

Estos violentos crecimientos en las importaciones de países latinoamericanos están ligados de manera restringida con la inversión; su mayor vinculación tiene que ver con la apertura de las fronteras y la disminución de aranceles, lo que lleva a satisfacer demanda con importaciones.

No obstante los apuntes anteriores sobre el comercio exterior, éste sigue siendo positivo para la región en su balance global, ya que en 1990 el saldo favorable de bienes fob fue de 26 205 millones de dólares en tres países: Brasil, Venezuela y Argentina, y en esencia se sustentó (salvo Venezuela) sobre los países no exportadores de petróleo.

Por otra parte, la región pagó en utilidades e intereses netos el trienio último más de 106 000 millones de dólares, de los cuales 36 815 millones correspondieron a 1990. Los mayores pagos los hicieron Brasil, México y Argentina, lo cual es totalmente concomitante con el hecho de ser los países más endeudados y los que tienen un mayor *stock* de inversión extranjera acumulada.

Hasta 1990 las negociaciones no han aliviado de manera significativa el problema de la deuda para la región en su conjunto, y ni siquiera para México, el país con la renegociación más "exitosa".

La transferencia de recursos netos continúa, aunque ha disminuido en 1990 en relación con los dos primeros años del trienio. En 1989 la transferencia fue de 27 300 millones de dólares y en 1990 disminuyó hasta 18 900 millones. La disminución queda explicada en su totalidad por un mayor ingreso neto de capitales, de casi 8 000 millones de dólares, que corresponden en buena medida a inversión extranjera directa (IED) y capitales de corto plazo ligados a las bolsas de valores de la región (capitales golondrinos).

El problema de la deuda como pérdida de ahorro regional sigue sin solución, aunque haya pasado a un segundo plano en la discusión económica y política, y seguirá pesando como un serio limitante a las posibilidades de inversión, fundamentalmente la del sector público, que es el que debe enfrentar el mayor peso del servicio de la deuda. Adicionalmente, persistirá como un serio límite al mejoramiento de los salarios y de los servicios sociales estatales.

Reestructuración productiva y comercio exterior latinoamericano

Es muy difícil poder apreciar todavía la intensidad y profundidad del proceso de reestructuración productiva en la región y mucho menos en el contexto de un análisis de coyuntura.

No obstante, hay diferentes indicios que nos permiten acercarnos al problema y que pasaremos a analizar.

1. *Aspectos de la inversión productiva*

a] El proceso de reestructuración productiva debe ir acompañado necesariamente de un proceso importante de inversión. El análisis del comportamiento de esta variable muestra un marcado deterioro, por lo menos hasta 1989, último año para el cual hay cifras confiables.

Mientras en las décadas de los sesenta y los setenta la inversión interna bruta regional crecía a tasas del 7.4 y 7.3% respectivamente, en los ochenta decreció al –3.2% anual. Esto último representa un deterioro acumulado de –25.7%, lo que significó que su peso relativo en el PIB disminuyera de 23.0 a 16.0% entre 1980 y 1989. Como es fácil concluir, la debilidad del proceso inversor no ha podido ser útil a la reestructuración productiva, que requiere de más y mejor tecnología.

b] Un análisis más específico de algunos países muestra deterioros más radicales que el promedio en la década de los ochenta: Argentina –11.5%, Bolivia –5.4%, Perú –5.0%, Venezuela –7.0%, Uruguay –8.2%, México –3.6%, Panamá –7.5% y Brasil –1.3%. Como puede verse, algunos de los principales países de la región muestran un grave deterioro. La inversión real de Argentina es en 1989 apenas 1/3 de la de 1980, la de Venezuela llega a la mitad, al igual que las de Panamá y Uruguay, mientras en Perú es del 60.0% y en México del 70.0%. Países como Argentina ni siquiera estaban logrando la reposición de los equipos desgastados y/o obsoletos.

Los deterioros fueron menores en Brasil y hubo avances escasos en Chile, Colombia y otros países pequeños, como Costa Rica, El Salvador, Nicaragua y República Dominicana.

c] Por otra parte, las importaciones, que son un elemento importante de la inversión fueron duramente castigadas en la década, disminuyendo a una tasa de –2.3% anual. Las importaciones fueron utilizadas como una variable de ajuste de las cuentas externas y su contracción representó el primer elemento de superávit comercial, útil para enfrentar el pago de la deuda externa. En dólares de 1988 su valor era inferior en 18.5% en 1989 al alcanzado en 1980. En 1984 la caída llegaba al 35.6% de lo importado en 1980.

Siguiendo las tendencias de la inversión, las caídas en el nivel de las importaciones eran muy violentas en Argentina (–9.3% anual), Perú (–5.4% anual), Venezuela (–6.7%) y Panamá (–3.7%). Pero también ocurrían impactos que alteraban esas tendencias, mismos que tenían que ver con los procesos de apertura y con recuperaciones de ciertas economías. Así, la caída era muy leve en México, –0.3% entre 1980 y 1989, y sería una caída nula si agregamos 1990, pues para el conjunto de la región se produjo un repunte de 13.9% en ese año (a precios de mercado) y para el caso de México fue un crecimiento de 21.9 por ciento.

En síntesis, la tendencia general del comportamiento de las importaciones está acompañando al deterioro de la inversión.

2. *Sobre el carácter de las exportaciones*

a] Medido en términos reales, en dólares de 1988 las exportaciones latinoamericanas crecieron 5.8% anual en los sesenta, 4.6% en los setenta y 5.0% en los ochenta. Este alto crecimiento anual de la última década muestra el extraordinario esfuerzo realizado en medio de la aguda crisis en que la región ha estado inmersa. En 1990 las exportaciones crecieron un 6.8%, a precios de mercado. Los resultados positivos fueron en especial para los países exportadores de petróleo y para los de Centroamérica y el Caribe. Los países de Sudamérica sufrieron en cambio deterioro, aunque todo él debe ser atribuido a Brasil (−11.3%), el principal exportador latinoamericano: 29.0% del total.

b] El éxito exportador de la primera fase de los ochenta se sustenta sobre todo en los productos tradicionalmente exportados y en excedentes de productos destinados antes al consumo interno, pero que ante la contracción de ese mercado están disponibles como oferta al exterior.

En el segundo periodo se intensifica la exportación de productos no tradicionales y en algunos casos de manufacturas. Así, en el caso de Chile, los productos no tradicionales que representaron en 1970 un 7.9% del total exportado llegan en 1988 al 36.0%. En Brasil las exportaciones industriales pasan de 24.3% del total en 1970 al 71.3% en 1988. En México pierde importancia el petróleo y sus derivados, 64.1% del total en 1980 y 31.5% en 1988. Por su parte, las exportaciones no tradicionales crecen del 12.7% en 1980 al 44.5% en 1988, destacando en estas últimas el incremento de maquinaria y equipo.

En el caso argentino los avances son menores, pues los productos agropecuarios, que eran 86.4% del total en 1970, disminuyen a 76.4% en 1988. Argentina no ha logrado ni diversificar sus rubros tradicionales ni modernizar sus plantas productivas; el comportamiento de la inversión interna bruta apunta en esa dirección.

El ejemplo de Chile en sus éxitos exportadores tiene que ver con esfuerzos iniciados en los setenta para fortalecer ese sector. Hubo fuertes inversiones en papel, celulosa, productos agrícolas, productos del mar, vinos y cobre. Se trata de un sector exportador modernizado, pero tradicional en su contenido. De todas formas, las exportaciones de cobre representaban 80% del total en 1970 y en 1988 sólo llegan al 48.0 por ciento.

Otros países como Costa Rica y Guatemala han logrado que a lo

largo de la década de los ochenta sus exportaciones se diversifiquen: en 1989 las no tradicionales son el 50.0 y el 30.0% respectivamente. El problema es que las no tradicionales son en realidad nuevas, pero igualmente tradicionales (frutas frescas, flores frescas, plantas ornamentales, brócoli, arveja china, productos del mar congelados, etc.), con la excepción muy particular de productos de la maquila textil.

c] Como puede verse, los éxitos exportadores no indican claramente un proceso de reconversión productiva, aunque puede haber modernización tecnológica. Los procesos de especialización productiva que parecen estar en marcha atienden a los desarrollos previos y a las posibilidades que abre la nueva división internacional del trabajo. Por eso en algunos casos se trata de diversificación o ampliación de lo mismo (Chile y Centroamérica, por ejemplo). En cambio, países como México o Brasil, asentados en su desarrollo previo y en preferencias de la inversión extranjera directa, parecen afianzar un proceso de exportación de manufacturas relativamente sofisticadas (no textiles). Con todo, el papel exportador de las trasnacionales es crucial en esos países.

El financiamiento del desarrollo y la inversión extranjera directa

1. *Comercio exterior e inversión*

a] Es obvio que el éxito del proceso de reestructuración productiva, sustituidor de exportaciones, depende de manera sustancial de un proceso de modernización acelerado, que en la práctica se traduce en más y mejores inversiones (más productivas y con resultados internacionales competitivos).

En páginas anteriores examinamos el violento deterioro del proceso de inversión en los ochenta. Regresar a un nivel de inversión correspondiente al 22.0% del PIB requeriría que en 1989 se hubiesen invertido 25 000 millones de dólares adicionales a los que se utilizaron para esa tarea (dólares a precios de 1988). Esta suma es superior a los 19 000 millones de transferencia neta que hubo en 1990 desde la región hacia los bancos privados e instituciones multilaterales (acreedoras).

Este 22.0% de inversión como porcentaje del PIB que estima la CEPAL como necesario podría ser claramente insuficiente en los

primeros años de la reconversión, ya que no nos enfrentamos a necesidades "normales" de inversión y esto por dos razones: en los ochenta se acumularon rezagos y deterioros sustantivos en la inversión pública, su recuperación y puesta a punto para las necesidades nuevas y mayores que requiere la modernización sugieren la necesidad de un periodo de esfuerzo inversor concentrado. Por otra parte, una buena cantidad de empresarios no dio el mantenimiento adecuado a sus equipos, no los renovó, ni amplió sus capacidades productivas. En condiciones normales lo anterior hubiese sido grave, pero en las condiciones de apertura y de competencia internacional actuales su no resolución acelerada puede ser desastrosa.

Dado lo anterior, es posible que el mencionado 22.0% sea claramente insuficiente para el primer quinquenio de los noventa.

b] Componentes sustanciales en calidad y cantidad han de ser importados. Esto plantea no sólo necesidades adicionales de ahorro, sino ahorro en divisas o, si se quiere, capacidad de compra en divisas.

El actual excedente en divisas como resultado de un comercio exterior favorable, que en 1990 alcanzó los 26 000 millones de dólares, podría desaparecer en meses si se diesen las importaciones necesarias para la inversión acelerada que se requiere. En la práctica ese excedente no está disponible, ya que la cuenta corriente de la región fue negativa en ese mismo año en 10 000 millones de dólares y hubo una pérdida de reservas de 7 663 millones de dólares.

Un ejemplo muy ilustrativo de las tendencias de la balanza comercial es el de México, cuya apertura comercial y un cierto nivel de reactivación lo han llevado de amplios superávit a un déficit de 2 480 millones en 1990, y lo que se estima para 1991 es por lo menos de un 50% más. Como contrapartida tenemos el caso argentino, de una economía en ruina y sin inversión neta que tiene superávit comerciales crecientes, llegando en 1990 a 7 320 millones de dólares.

La posibilidad de incrementar aceleradamente las exportaciones requiere de mayores importaciones para producir y de mayores importaciones como contrapartida ineludible para la apertura de mercados que necesitamos y que tenemos que ofrecer como condición para obtenerlos. Las proposiciones de libre comercio de Estados Unidos, como la "Empresa para la iniciativa de las Américas" lanzada por Bush, no sólo suponen la oferta de una vía de crecimiento para nosotros, sino también una vía de crecimiento para ellos, en la cual la solución de su déficit comercial, usándonos a nosotros, aparece como posibilidad y necesidad real. Nuestras exportaciones, en condiciones

de crecimiento económico, no nos permitirán allegar las divisas necesarias para las nuevas inversiones, ni para pagar la deuda, o cuando menos para las dos cosas a la vez. Uno de los anteriores objetivos tiene que ser sacrificado. En términos del sentido común la opción es obvia y en términos de las reglas del juego y las correlaciones de fuerza también lo es, el problema es que son dos obviedades contradictorias.

2. *Inversión extranjera y financiamiento del crecimiento*

IED en América Latina: algunas tendencias. La apertura es el signo de los tiempos, y una de sus vertientes centrales es el renovado interés en atraer al capital extranjero hacia las maltrechas economías latinoamericanas. En el rubro de la IED podemos distinguir cinco procesos centrales:

- La redistribución de la IED entre los países de la región.
- El peso creciente del mecanismo de canje de deuda por inversión (*swaps*) en los flujos de IED hacia la región.
- El cambio en el destino sectorial de la inversión extranjera.
- La creciente desregulación.
- El peso de la IED en la inversión total de los países.

a] La cuota de IED en América Latina tendió a disminuir durante la década de los ochenta (12% del total mundial en 1980 frente a 4.2 en 1987), aunque en los inicios de los años noventa se nota una cierta recuperación, debido sobre todo a los flujos destinados a México y Chile.

En las cifras que manejamos en el cuadro 1 sobre la inversión extranjera directa se consideran sólo diez países latinoamericanos que en promedio reciben más del 90% de la IED en la región. Considerando el flujo acumulado de IED hacia América Latina en dólares de 1985, observamos que la diferencia (en dólares de ese año) en el monto de capital recibido entre 1976-1982 y 1983-1989 es sólo de 9% (de 36 190 millones de dólares pasa a 32 349), contrariamente a lo que cabría esperar como producto de la crisis deudora y el estancamiento económico.

b] En el último lapso ocurre una redistribución en los flujos de inversión extranjera favorable a México, Chile, Colombia y Argentina, que incrementan su cuota en el total regional, en detrimento de la participación de Brasil, que es el gran perdedor en este proceso, pues pasa de recibir 18 036 millones de dólares (49.8%) en 1976-1982 a sólo

Cuadro 1
INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA EN AMÉRICA LATINA
(Millones de dólares de 1985 y porcentajes)

	Excluyendo swaps				*Incluyendo swaps*			
	1976-1982		*1983-1989*		*1976-1982*		*1983-1989*	
	Monto	%	*Monto*	%	*Monto*	%	*Monto*	%
México	10 281	29.0	7 537	37.5	10 281	28.4	10 607	32.8
Brasil	17 294	48.8	3 890	19.3	18 036	49.8	9 315	28.8
Chile	1 692	4.8	782	3.9	1 692	4.7	4 129	12.8
Colombia	932	2.6	3 610	17.9	931	2.6	3 610	11.2
Argentina	3 368	9.5	3 251	16.2	3 368	9.3	3 390	10.5
Costa Rica	510	1.4	466	2.3	510	1.4	466	1.4
Ecuador	381	1.1	454	2.3	381	1.1	454	1.4
Venezuela	–772	(2.2)	76	0.4	–772	(2.1)	309	1.0
Perú	758	2.1	72	0.4	758	2.1	72	0.2
Uruguay	1 005	2.9	–19	(0.1)	1 005	2.8	–3	(0.0)
Total	35 449	100.0	20 119	100.0	36 190	100.0	32 349	100.0

FUENTE: *Fostering Foreign Direct Investment in Latin America*, Instituto Internacional de Finanzas, 1990.

9 315 en 1982-1989 (28.8%). México ocupa el lugar central como receptor de IED, alcanzando 10 607 millones de dólares en 1982-1989. La cuota de Argentina tiene un crecimiento pequeño, pero importante frente al descontrol macroeconómico que sufre esa economía.

Los casos de Chile y Colombia, dado su grado de desarrollo comparativamente menor frente a los tres grandes de la economía latinoamericana, no son relevantes cuantitativamente, pero sí lo son desde el punto de vista cualitativo, ya que las ventajas ofrecidas al capital extranjero han significado un importante flujo de capital (12.8 y 11.2% del total regional, respectivamente). Perú y Uruguay han visto descender su cuota, mientras que Venezuela pasa de la desinversión al flujo positivo, aunque de poco peso en el total regional. Por último, Costa Rica y Ecuador mantienen su participación cercana al 1.5%. En el fondo de esta redistribución podemos ubicar la regulación estatal sobre la IED (sectores vedados, repatriación de ganancias, etc.), en tanto los países que aplican la desregulación como norma son los que atraen más capital.

c] Los *swaps* han desempeñado un papel importante, mas no crucial, en la captación de IED, si tomamos en cuenta las enormes ventajas que este mecanismo ofrece a los capitales trasnacionales. Ha sido usado con frecuencia por algunos países del área: Brasil, Chile y Venezuela captaron la mayor parte de IED vía *swaps*, mientras que México efectuó operaciones por más de 3 000 millones de dólares en el periodo 1983-1989. En los restantes países los *swaps* no han tenido el mismo papel, aunque recientemente Argentina ha comenzado a utilizarlos en las privatizaciones. El canje de deuda por inversión representó más de 12 000 millones de dólares, casi 38% de la IED captada por estos países entre 1983-1989.

La dirección del movimiento hacia la integración económica completamente favorable para los capitales de Estados Unidos, sugiere que los *swaps* tendrán un nuevo auge a pesar de sus efectos sobre las economías en desarrollo: presiones inflacionarias, desnacionalización del aparato productivo frente a escasos aportes de recursos frescos, presiones sobre el déficit público que absorbe el sobreprecio de la deuda que se canjea, etc.; por otra parte, los *swaps* se están convirtiendo en vehículo de la repatriación de capitales, aunque este movimiento no ha cobrado gran fuerza todavía.

d] Por lo que toca al origen del capital, los datos disponibles muestran que Estados Unidos sigue siendo el principal exportador de capital hacia la región, pues aporta entre 46 y 75% de la IED en

Argentina, Chile, Venezuela, México y Colombia; Brasil es el país que presenta la mayor diversificación en las fuentes de IED, pues los capitales de Alemania, Japón, Reino Unido y Francia tienen un peso importante; Argentina y Venezuela reciben inversiones de varios países, pero de manera más dispersa que en el caso brasileño.

e] La distribución sectorial de la IED parece apoyar la hipótesis de que la desregulación significa mayores flujos de capital. Así, mientras que en Brasil, México, Argentina y Venezuela —que hasta fechas recientes contaban con las legislaciones más restrictivas en términos de sectores vedados al capital extranjero— la IED se concentra en el sector manufacturero (alrededor de 70%), que agrupa las actividades donde la desregulación ha sido más rápida, en Chile y Colombia se dirige hacia la explotación minera y petrolera (casi 50% de la IED), sectores protegidos en las restantes economías de la región. Como tendencia, y por razones que atañen tanto a las diferencias de productividad como al empuje de la integración con la economía mundial, los servicios, en particular los financieros, se perfilan en lo inmediato como el rubro receptor de IED más dinámico en América Latina: hacia fines de los años ochenta recibe entre 15 y 29% en las economías más importantes de la región (Argentina, Brasil, Chile y México).

f] Si bien como explicación única de los flujos de IED el tema de la regulación es insuficiente, desde la perspectiva latinoamericana reviste un carácter central, ya que es sobre los mecanismos reguladores sobre los que los gobiernos de la región tienen algún control. Los análisis del IIF muestran un panorama general de la regulación y su estado actual. Para algunos países, tres temas dominan este terreno: las restricciones a la propiedad extranjera y a la participación de la IED en ciertos sectores; la regulación sobre repatriación de ganancias y de capital, y los requerimientos de integración nacional. Tres tipos de casos pueden observarse: en un extremo, la apertura total, sin restricciones en ninguno de los rubros referidos (Chile y Colombia), en el otro extremo, los países del Pacto Andino, Costa Rica y Uruguay, que tienen algunas restricciones a la IED en recursos naturales, servicios públicos y financieros y comunicaciones, entre otros sectores (excepción de Venezuela) y, finalmente, hay limitaciones a la repatriación de utilidades y capital, barreras comerciales para la importación y requerimientos de integración nacional.

Argentina, México y Brasil, gracias a su mayor desarrollo relativo han podido aplicar una política intermedia, pues frente a la libera-

lización del comercio exterior y de las políticas de remisión de utilidades se han conservado algunos sectores como exclusivos a los nacionales. No obstante, el rumbo de los cambios, en marcha y/o proyectados, es hacia la mayor liberalización frente al capital extranjero, incluso en Brasil, que ha sido el país con mayores conflictos con el capital extranjero y los organismos financieros internacionales. México, por su parte, tiende a ingresar al primer grupo, impulsando un proyecto de desregulación acelerada de cara a la integración con Estados Unidos y Canadá.

g] Por último, como un intento de cuantificar el peso de la IED en las economías de la región, ensayamos una comparación entre ésta y la formación bruta de capital fijo. A pesar del comportamiento errático de esta relación en la primera mitad de los años ochenta, a fines de esa década se evidencia claramente el peso creciente de la inversión extranjera en la formación de capital: en 1989 la IED representa 28% de la formación de capital en Chile, 11.7 en Argentina, 10 en Costa Rica y 7 en Colombia; para México el año pico es 1987 (19.5%); la situación de Brasil es la opuesta, ya que la caída de la IED anual es mayor que la de la formación de capital —a lo largo de los ochenta la relación de estos agregados no alcanza al 5%. Ecuador, Perú, Uruguay y Venezuela presentan muy bajos niveles de participación de la IED en la formación de capital, entre 1 y 3 por ciento.

Como proceso y no simplemente como acumulación de *stocks*, la IED es cada vez más importante para América Latina. A pesar del comportamiento errático ya señalado, la tendencia es a un peso creciente, aunque muy diferenciado para los distintos países. México ha logrado captar en 1990 entre el 60 y el 70% de toda la inversión dirigida hacia América Latina. La inversión lo ha escogido por sus condiciones previas, por su desregulación, por su tranquilidad política y por la perspectiva de la firma del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos.

Lo ocurrido con México en 1990, que no ocurre con otros países, es decir, ser receptor privilegiado de IED, es una muestra del diferente destino de los países en la nueva articulación con la economía internacional y un aviso de los éxitos relativos diversos que van a acontecer.

La IED puede remplazar en buena medida las necesidades de inversión, que no pueden ser cubiertas con ahorro interno o con "ayuda", pero ello no ocurrirá para todos los países de la región.

Las vías del financiamiento del crecimiento son mucho más que

un problema de disponibilidad de capital. El hecho de que la IED desempeñe un papel creciente es una vía directa a la desnacionalización de las economías, a la pérdida de independencia y a la imposibilidad de un proyecto nacional de desarrollo.

La inflación en América Latina en 1991

1. *1990: el año de más alta inflación en la historia de la región*

La década de los noventa empezó mal para América Latina. En lo que se refiere a la inflación, durante 1990 se produjo la más alta cifra de variación anual del promedio ponderado de los precios al consumidor conocida en la historia de la región: 1 491.5%. Se trata del segundo año consecutivo en que el crecimiento de los precios alcanzó una cifra de cuatro dígitos, pues en 1989 se había registrado un 1 161.0%; es, además, el cuarto año consecutivo en que el índice inflacionario aumenta respecto al periodo anterior. Por lo demás, la expansión de los precios al consumidor durante 1989 y 1990 es notablemente mayor que la de los años previos, ya de por sí críticos. En el cuadro 2 se puede apreciar con claridad en qué medida el desborde inflacionario de 1989 y 1990 en América Latina es notablemente mayor a la difícil situación inflacionaria de los años previos.

Cuadro 2
INFLACIÓN EN AMÉRICA LATINA
1970-1990

Año	*%*	*Año*	*%*
1970	12.2	1981	57.5
1971	13.5	1982	84.6
1972	20.9	1983	130.5
1973	36.3	1984	184.7
1974	40.0	1985	274.1
1975	57.6	1986	64.5
1976	62.3	1987	198.5
1977	40.0	1988	778.0
1978	39.8	1989	1 161.0
1979	54.1	1990	1 491.5
1980	56.0		

FUENTE: ONU. Comisión Económica para América Latina y el Caribe, *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe*, años 1990 (datos de 1982 a 1990), 1985 (datos de 1976 a 1981) y 1982 (datos de 1970 a 1975).

Este nuevo e histórico aumento inflacionario en América Latina se ha dado en un contexto de reducción del PIB de la región, el cual registró un descenso de –0.5% en 1990 y una caída del producto por habitante del –2.6%. Un dramático caso para ilustrar el fenómeno de estanflación.

Indudablemente que, como lo sugiere la Comisión Económica para América Latina, CEPAL, en su *Balance preliminar... 1990*, los procesos inflacionarios de esa magnitud generan condiciones adversas para el buen desempeño de la producción: "En este resultado han influido decisivamente la agudización de las presiones inflacionarias y los drásticos programas aplicados para controlarlas, que pasaron a primer plano, teniendo como trasfondo las restricciones externas."

La tesis también puede ser planteada en sentido inverso: ¿en qué medida la recesión de la economía y las políticas de ajuste generan, en las actuales condiciones de las economías latinoamericanas, impulsos a la inflación? En el curso de estas líneas demostraremos que en el caso de las economías que componen la región latinoamericana existe y ha existido una notable asociación entre los momentos más altos de la inflación y las recesiones más profundas.

2. *1990: cuatro economías con inflación de cuatro dígitos y ocho economías con la inflación más alta en los últimos 20 años*

El promedio ponderado para el conjunto de los países de la zona esconde desde luego comportamientos diferentes, y aunque está notablemente influido por lo sucedido en algunas de las economías más grandes de la región, como son los casos de Brasil y Argentina, y por los procesos hiperinflacionarios de Perú y Nicaragua, realmente expresa un desbordamiento inflacionario más o menos generalizado en la mayor parte de los países. De hecho, para ocho de los 22 países sobre los que reporta la CEPAL, la cifra inflacionaria de 1990 es la más alta de los últimos 20 años y, por ello, muy probablemente la mayor de su historia.

Es de destacarse también que en 1990, por segundo año consecutivo los cuatro países de la región mencionados en el párrafo anterior elevan sus tasas inflacionarias a cifras de cuatro dígitos. Antes del bienio 1989-1990, en 1988 dos economías habían registrado cifras inflacionarias de cuatro dígitos (Nicaragua y Perú); en 1987 una (Nicaragua); en 1986 ninguna, y en 1984-1985 otra economía había

alcanzado tasas de cuatro dígitos: la boliviana. Antes de 1984 ninguna economía latinoamericana había llegado a tal inflación.

Como se mencionó antes, es notoria la relación de las inflaciones de cuatro dígitos, con las profundas recesiones de las economías que las sufren. En los años anteriores, la hiperinflación boliviana coincidió con la recesión de su economía a tasas de –0.6% en 1984 y –1.0% en 1985. Nicaragua, por su parte, no ha registrado un solo año de crecimiento económico con tasa positiva desde 1984. Las altas inflaciones de 1988, 1989 y 1990 (33 602.6, 1 690.0 y 8 500.0%) se vincularon a caídas del PIB por –10.9, –2.9 y –5.5% respectivamente.

En lo que se refiere a las cuatro economías hoy en situación hiperinflacionaria tenemos lo siguiente:

Brasil registró en 1990 la cifra inflacionaria más alta de su historia: 2 359.9% con una caída del PIB de –4.0% (en 1989 había tenido una inflación de 1 764.9% y un crecimiento del PIB de 3.6). Argentina, la segunda inflación más alta conocida en ese país: 1 832.5%, superada sólo por los 4 923.8% de 1989. El PIB argentino cayó –2.0% en 1990 y había descendido –4.5% en 1989.

La población peruana, por su parte, vio aumentar los precios en su país en la astronómica cifra récord de 8 291.5%, casi cuatro veces la ya altísima tasa de 2 776.6% de 1989. Su PIB había descendido en –10.9% en 1989 y cayó –5.0% en 1990.

En Nicaragua los precios aumentaron 8 500% en 1990, la segunda más alta de su historia, que fue de 33 602.6% en 1988, y que había disminuido hasta 1 690% en 1989.

Aunque en un nivel de inflación mucho más bajo que en los casos antes mencionados, existen otros países para los cuales la inflación de 1990 resultó la más alta en los últimos 20 años (y por ello probablemente la más alta de su historia). Éstos son: Colombia (31%), Guatemala (50.1%), Honduras (25.3%), Paraguay (42.7%), República Dominicana (75.9%) y Uruguay (129.8 por ciento).

En dos de estas economías el crecimiento del producto fue negativo en 1990: República Dominicana (–4.0%) y Honduras (–1.0%). En una tercera, Uruguay, la economía se mantuvo estancada (0.5%), mientras que en Colombia, Guatemala y Paraguay el PIB ascendió 3.5, 3.0 y 3.0% respectivamente.

En otras economías, como la mexicana, aunque el aumento de los precios se mantuvo en 1990 relativamente bajo (en comparación con su propia historia), la inflación registró un resurgimiento: en efecto, aunque baja frente a los registros que se habían producido durante

1986 y 1987, de tres dígitos, la cifra de 29.9% representó un nuevo aumento de la inflación frente al 20% de 1989. Como es sabido, el PIB mexicano aumentó a la tasa más alta de los últimos años, 3.9%, contribuyendo a que el producto ponderado de América Latina no sufriera un deterioro global mayor.

La economía chilena alcanzó la tasa de crecimiento más alta de los precios en la última década al registrar un 29.4% (21.4% en 1989), combinado con un crecimiento del PIB de 2.0% (9.3% en 1989).

Venezuela, por su parte, logró una importante reducción en su tasa inflacionaria al pasar de 81.0% en 1989 a 32.2 en 1990, mejorándose también sustancialmente el comportamiento de la producción al alcanzar un crecimiento del PIB de 4.5%, que supera ampliamente la caída de −7.1% de 1989.

3. *Apuntes para un estudio de las causas de la inflación latinoamericana en 1990*

Son evidentes las dificultades que existen para intentar una explicación única del dramático comportamiento de los indicadores macroeconómicos de la región, en particular de la continuación del desborde inflacionario promedio a nuevos niveles históricos y su coincidencia con la recesión, existiendo, sin embargo, comportamientos de diferentes signos en economías de peso y significación en la región, como son las de Venezuela, Chile y México.

Aun en las economías con procesos hiperinflacionarios, el comportamiento de los precios es notablemente diferente en el curso de los meses de 1990, debiéndose observar que las tasas anualizadas de la inflación alcanzaron sus máximos en marzo, en Argentina (20 000% contra 1 832% en noviembre), y en abril en Brasil (6 600% contra 2 359.9% en noviembre).

Esta diferenciación en el curso del tiempo y los acontecimientos de los primeros meses de 1991 permiten suponer que 1990 probablemente constituyó un "año límite" y, por lo tanto, el inicio de una transición en la situación de la inflación en estas dos economías, y probablemente en la peruana. El caso es que en los primeros meses de 1991, tanto en Brasil como en Argentina y Perú han sido aplicados importantes programas de estabilización, cada uno con distintas particularidades, pero que incluyen los elementos comunes de considerables recortes al gasto público, ventas de empresas paraestatales,

aumentos de precios y tarifas de bienes y servicios del sector público, reducción de las tarifas aduanales y aumento acelerado de la apertura de las respectivas economías. Otro rasgo común a las estrategias adoptadas es la contención salarial por abajo de las tasas inflacionarias. En Brasil, por ejemplo, se ha roto el ajuste automático de los salarios a los precios y se ha procedido a limitar los aumentos salariales a sólo dos ocasiones en el año (después de un primer ajuste en febrero de 1991), algo que no ocurría hace años. Y se ha procedido a desindizar la economía.

Las tasas de inflación se han reducido notablemente en los tres países después de haberse producido un repunte inicial de la inflación, cuando menos en los casos de Brasil y Argentina. Queda por saberse si la reducción inflacionaria será estable o sólo transitoria.

La situación de Nicaragua parece encontrarse todavía por el rumbo de los callejones sin salida, al menos en el futuro previsible.

Por lo pronto es claro que el viejo anhelo de Raúl Prebisch y de la CEPAL de los sesenta, de encontrar fórmulas eficientes de contención a la inflación distintas a las políticas de ajuste neoliberales, que son acompañadas de graves retrocesos productivos, no ha sido alcanzado. La región está transitando en conjunto al "ajuste estructural" de las economías, pero en una dirección distinta al cambio estructural "preventivo" y "correctivo" que recomendaba en los sesenta y los setenta la CEPAL: se trata de la privatización y apertura de las economías, del retroceso en la distribución del ingreso y el alejamiento de las metas de equidad; de cierta desindustrialización sustitutiva; del alejamiento de la integración latinoamericana y su sustitución por la creciente integración subordinada y básicamente bilateral con la economía estadounidense y/o por simples acuerdos de libre comercio entre economías latinoamericanas.

El llamado costo social del modelo neoliberal

Es un hecho globalmente aceptado que la política de ajuste estructural ha tenido un alto costo social, lo que incluso llevó a organismos como el Programa Regional de Empleo de América Latina (PREAL) y la CEPAL a hablar de la "deuda social", como contrapartida a la deuda externa.

Dos hechos pueden destacarse en lo que va de los noventa como tendencias inequívocas de la implementación generalizada del ajuste. El primero tiene que ver con la constatación de que el crecimiento de

la pobreza y la desigualdad es consustancial al neoliberalismo, y el segundo, con el hecho todavía no suficientemente probado, pero sí marcado como tendencia, de que el crecimiento económico postransición no genera necesariamente una recuperación de las condiciones de vida de las mayorías.

1. *Más desempleo y más desigualdad*

Como resultado de la crisis económica de inicios de los ochenta el desempleo urbano crece de manera generalizada hasta mediados de la década, en general el año pico se sitúa en 1985 o 1986. En la segunda mitad de la década se observa una mejora en las condiciones de empleo. Al iniciarse los noventa el desempleo crece apoyado en dos puntales: la aplicación más decidida y generalizada del ajuste estructural, con la incorporación de países como: Argentina, Brasil, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Venezuela y Perú y la profundización de su aplicación en situaciones como las de Costa Rica, México y Colombia. El otro elemento que influye –pero en menor medida– en la ampliación del desempleo es la recesión estadounidense iniciada en 1990 y que parece concluir en la segunda mitad de 1991.

El cuadro 3 representa el desempleo abierto urbano en todo el país, o en las ciudades más importantes de cada estado. Como desempleo abierto no logra dar cuenta de las graves condiciones de subempleo que prevalecen en casi toda América Latina. Grandes masas de desocupados se han refugiado en la condición de subempleados, subempleo encubierto hoy día con el elegante nombre de economía informal (aunque no toda la economía informal es subempleo). Los contingentes de subempleados superan largamente a los de los desempleados.

Este fenómeno del subempleo es particularmente grave en toda Centroamérica, en especial en Guatemala y Honduras, donde afecta al 50.0% o más de la PEA. En países como Perú, Colombia, México y ahora Argentina, el subempleo no es tan intenso como en Centroamérica, pero alcanza índices igualmente alarmantes y graves.

El aspecto recesivo de las políticas de estabilización y ajuste estructural no sólo se ha traducido en mayor desempleo y subempleo, sino en una notable concentración del ingreso. La política de estabilización ha tenido como elemento esencial la caída del salario real, como factor de contracción de la demanda. Pero, además, el salario real deteriorado es parte sustancial del ajuste estructural, de la

reconversión productiva, puesto que ha permitido trasladar partes muy significativas del ingreso nacional a los empresarios, concentrando riqueza y haciendo supuestamente viables las inversiones que la reconversión necesita. Por otro lado, los salarios bajos harían competitivas (por lo menos en el corto plazo) nuestras exportaciones en los mercados internacionales y en nuestros propios mercados, y defenderían a la producción local de la avalancha de importaciones que la apertura genera. Pero lo anterior no es todo, salarios bajos hacen más atractivos nuestros países como receptores de inversión extranjera directa.

Cuadro 3
AMÉRICA LATINA: DESEMPLEO URBANO
(Porcentajes de la PEA)

	1970	*1980*	*1983*	*1985*	*1989*	*1990*
Argentina	4.9	2.6	4.7	6.1	7.8	8.6
Brasil	6.5	6.2	6.7	5.3	3.3	4.3
Colombia	10.6	9.7	11.7	14.0	9.6	10.2
Costa Rica	3.5	6.0	8.5	6.7	3.8	5.4
Chile	4.1	11.7	19.0	17.0	7.2	6.6
México	7.0	4.5	6.6	4.4	2.9	2.8
Perú		17.1	9.0	10.1	7.9	m.a.
Venezuela	7.8	6.6	11.2	14.3	9.7	10.6
América Latina		7.3	10.1	10.5	8.3	9.0

FUENTE: CEPAL. *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe, 1990* y *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe, 1990.*

Por todo lo anterior, aun en el contexto de los vaivenes que ha tenido la economía en los ochenta y en lo que va de los noventa, los salarios mínimo y medio reales no han cesado de deteriorarse, con escasas excepciones que pueden apreciarse en los cuadros 4 y 5.

El deterioro en los salarios mínimos y medios reales requiere de un comentario y de algunas conclusiones.

Es notable que el mayor deterioro ocurre en los salarios mínimos, lo cual quiere decir que se está abriendo una mayor diferenciación y probablemente un alargamiento de la escala salarial. Por otra parte, el deterioro perjudica más a los asalariados más pobres.

El deterioro salarial y el crecimiento del desempleo y del subempleo ocasionan una importante concentración del ingreso. Las cifras al respecto son pocas e incompletas, a pesar de lo cual permiten fundamentar lo dicho, como puede constatarse en el cuadro 6.

Cuadro 4
AMÉRICA LATINA: SALARIO MÍNIMO REAL URBANO
(Índices promedios anuales, 1980=100)

	1981	*1982*	*1985*	*1989*	*1990*
Argentina (b)	97.8	97.8	117.1	69.9	
Brasil (c)	106.0	106.8	88.9	72.1	54.1
Colombia (d)	98.9	103.6	109.4	110.7	114.4
Costa Rica (e)	90.4	85.9	112.2	119.4	
Chile (f)	115.7	117.2	76.4	79.8	86.9
México (h)	101.9	92.7	71.1	50.8	44.3
Perú (j)	85.0	79.6	54.4	25.1	24.1
Venezuela (i)	86.2	78.5	96.8	77.8	58.5

FUENTE: CEPAL. *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe, 1990.*
b) Salario mínimo nacional; c) ciudad de Río de Janeiro; d) salario mínimo para los sectores urbanos altos; e) salario mínimo nacional; f) ingreso mínimo; h) ciudad de México; j) Lima metropolitana; i) nacional para actividades no agropecuarios.

Cuadro 5
AMÉRICA LATINA: REMUNERACIONES MEDIAS REALES
(Índices promedios anuales, 1980=100)

	1981	*1982*	*1985*	*1987*	*1989*	*1990*
Argentina (b)	89.4	80.1	107.2	99.6	81.5	68.3
Brasil (Río) (c)	108.5	121.6	112.7	102.4	107.2	85.5
Colombia (e)	101.3	104.7	114.6	119.2	119.1	120.1
Costa Rica (f)	88.3	70.8	92.2	89.2	85.7	
Chile (g)	108.9	108.6	93.5	94.7	102.9	104.7
México (h)	103.5	102.2	76.6	72.8	75.8	
Perú (i)	101.8	119.2	77.6	101.3	41.5	43.9

FUENTE: CEPAL, *op. cit.* b) Salarios totales medios en las manufacturas; c) salarios medios en la industria de base; e) salarios obreros en la industria manufacturera; f) remuneraciones medias declaradas de adscritos al Seguro Social; g) remuneraciones medias de asalariados no agrícolas; h) salarios medios en la industria manufacturera; i) salarios medios sector privado en Lima.

Con excepción de Costa Rica, el ingreso se está concentrando aun en los países que crecieron en la década de los chenta, como fueron Colombia y Chile.

Por otra parte, no se trata solamente de una concentración del ingreso, sino también de la riqueza. Dos fenómenos básicos sostienen esta tendencia: el primero se vincula a la crisis y las quiebras de muchos pequeños, medianos y aun algunos grandes empresarios, y el

segundo tiene que ver con la política de privatizaciones que pone en manos del gran capital privado la riqueza que estaba en manos del Estado.

Cuadro 6
AMÉRICA LATINA: DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO
(Porcentajes del ingreso nacional)

	1970	*1980*	*1985*	*1989*
Bolivia	—	37.5	35.6	26.9*
Brasil	40.5	36.6	—	—
Colombia	42.2	46.2	45.3	42.6*
Costa Rica	52.7	56.2	53.8	55.2
Chile	47.7	43.2	37.8	—
Guatemala	32.3	33.6	30.8	30.6
Honduras	46.0	49.0	51.7	48.7
México	37.4	39.0	31.6	28.3*
Panamá	54.2	49.4	54.4	54.7
Perú	38.9	32.8	30.5	25.5
Venezuela	40.4	42.7	37.6	34.6

FUENTE: CEPAL, *op. cit.* (años 1983 y 1990).
* Bolivia (1986), Colombia (1988), México (1988).

2. *Más pobreza*

El fenómeno de la concentración del ingreso y la riqueza, particularmente en una etapa de crisis, no podía más que generar un crecimiento de la pobreza en el continente.

Cuadro 7
AMÉRICA LATINA: MAGNITUD DE LA POBREZA E INDIGENCIA
(Porcentajes)

Años	*Pobreza*	*Indigencia*
1970	40	19
1980	35	15
1986	37	17
1989	44	21

FUENTE: CEPAL. "Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta", *Notas sobre economía y el desarrollo*, núm. 494/495, julio-agosto de 1990.

Como puede apreciarse, el problema de la pobreza e indigencia es más grave que en 1970. Para 1989, 183 millones de latinoamericanos eran pobres, y de ellos 88 millones eran indigentes. Para 1980 los pobres alcanzaban a 110 millones, lo cual supone un terrible incremento de 73 millones.

Un aspecto importante de destacar es que la pobreza es un fenómeno que se ha agravado especialmente en el área urbana. En 1970 solamente el 37% de los pobres vivían en las ciudades, hoy alcanzan al 57.0%. La crisis ha golpeado más duramente a las mayorías urbanas.

De los países estudiados por la CEPAL, que no incluyen a Centroamérica (excepto Costa Rica), el Caribe y a países como Bolivia, Ecuador y Chile, los que presentaban mayores niveles de pobreza en 1986 eran Colombia (38.0%), Brasil (40.0%), Perú (52.0%) y México (30.0%). Es un hecho conocido y reconocido que la pobreza se ha incrementado notablemente en la segunda mitad de los ochenta y al inicio de la década de los noventa en países como Perú, México, Argentina, Venezuela y Brasil.

Es notable que países que crecieron significativamente en los ochenta, como Chile, Costa Rica y Colombia, no sólo no disminuyeron la pobreza, sino que la incrementaron. La explicación es simple: el crecimiento de la pobreza no es un fenómeno generado por la crisis (salvo en el corto y quizás el mediano plazo), la responsabilidad básica y de largo plazo corresponde al modelo económico implementado, es decir, es el neoliberalismo el creador de pobres y es dudoso que a futuro pueda hacer algo más que mitigar este problema.